

ridad exige no adaptarse al orden establecido. Si lo hace, es la sal que ha perdido el sabor y no sirve para nada. El mayor signo de trascendencia es la solidaridad con los pobres y desde ellos con todos.

Más allá de las campañas

El año que iniciamos está marcado por las elecciones primarias de la oposición y las presidenciales. Nada nuevo porque los actores políticos pasaron buena parte de 2011 preparando estas elecciones y cuadrando candidatos a cargos. Junto con la enfermedad del Presidente, las elecciones han marcado tácticas y estrategias.

Pesa una atmósfera de incertidumbre; tanto para el Gobierno como para la oposición se trata de ganar unas elecciones que consideran definitivas para el país.

En los medios se dice que el país se juega la salvación o la condena, de tal manera que toda la vida económica, social y cultural solo cuenta en tanto elementos de campaña. El empleo, la seguridad y la salud constituyen de nuevo una suerte de acto de fe, promesa del paraíso para después del 7 de octubre. Así, la supervivencia en la vida cotidiana de las grandes mayorías se sujeta al voto. Pero algunas élites olvidan que al voto se llega después de un largo proceso en el que la gente que padece todos estos problemas reclama acompañamiento, cercanía, propuestas.

El consuelo a familiares de las víctimas de la violencia; el dolor ante tantas muertes en vano no se resuelve en un solo acto, por trascendente que parezca.

El trabajo político requiere que se respete y se escuche al más desvalido, si se quiere que estas elecciones no terminen siendo más de lo mismo. Los actores de la política actúan, sin embargo, como si no hubiese tiempo ni condiciones para superar los discursos electorales vigentes. ¿Serán estas elecciones, o cadena de elecciones, apenas un ritual para imponer un destino como si fuera inexorable?

Hace falta profundizar la reflexión política y hace falta otro tipo de convocatoria. Es decir, no se trata de cómo se van a ganar las próximas elecciones sino cuáles son las instituciones que le garantizarían a la sociedad generar individuos autónomos. Lo que vemos son grupos de operadores políticos que se aprestan para un capítulo más de la lucha por el poder.

Por supuesto: el año electoral es complejo y el tono de estas elecciones no es gratuito. Este Gobierno tiene mucho que perder y por esto quiere hacer ver que, perdiendo el poder, lo pierde la gente de a pie.

Por otro lado, la oposición promete que asumiendo el poder, lo ganará el país. En ambos casos se excluye la paciente constitución del sujeto popular como protagonista de un proyecto político que supere lo establecido.

En todo caso, en este clima de *fin de mundo*, debe recordarse el valor de la convivencia dentro de los antagonismos políticos; que no prive, entonces, la violencia ni la descalificación del otro; que la palabra razonada gane terreno. A estas alturas ya sabemos que los extremos que han caracterizado los discursos políticos no convienen porque contribuyen a la polarización que tanto daño ha hecho. Los tonos tremendistas no ayudan porque suscitan angustias y temores que no contribuyen con el discernimiento y la formación de un criterio personal y autónomo para elegir.

Los resultados del 7 de octubre no son la antesala del cielo o del infierno. Hay y habrá mucho que hacer y estará en manos de los venezolanos concretarlo. Mientras las campañas electorales remozan sus promesas, la vida continúa. La gente sale a trabajar, se encomienda al Dios de la vida esperando que no lo roben ni lo maten y le pide salud para seguir luchando por un país mejor.